

El libro de Blacker es una importante aportación individual al campo de la historia de las ideas. Es recomendable también para el lector no especializado.

MARÍA ELENA OTA MISHIMA
El Colegio de México

DONALD G. GILLIN, *Warlord: Yen Hsi-shan in Shansi Province, 1911-1940*. Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1967. viii, 334 pp.

Para la opinión ilustrada china el problema primordial en el siglo xix y a principios del siglo xx, es el de la modernización. Son numerosas las tentativas revolucionarias de los grupos modernistas y nacionalistas; todas fracasan con excepción de la última, la de 1911 que proclama la República. Ese éxito final no se entiende sino por la intervención de la "gentry" que abandona los manchúes. Esa intervención de los propietarios permite la República, pero limita la victoria de los revolucionarios y Sun Yat-sen abandona el poder a Yuan Shi-kai; la República no es sino una palabra y el orden social antiguo subsiste tal cual. Con Yuan y los jefes militares que siguen en 1916, con el apoyo de los notables rurales y de los cuadros tradicionales, es un régimen autoritario y conservador el que impera en China. Después de 1911 los representantes del poder estatal cambian de cara: intelectuales más o menos occidentalizados, "señores de la guerra", políticos del Kuomintang, además, participan de las formas modernas de la riqueza. De todos modos quedan representantes de los mismos intereses defendidos por la aristocracia manchú y los mandarines, o sea, aquellos de los propietarios de la tierra. Al nivel nacional lo que importa es el antagonismo campesinos-propietarios, la cuestión de la tierra es la llave de la revolución china en el siglo xx, aunque los protagonistas empiezan por definirse según otras metas. Y el problema de la tierra es lo que mejor define el militarismo chino en esos años que estudia D. Gillin en la persona de Yen Hsi-shan, con sus tentativas de modernización y su impotencia final, puesto que no toca la tierra.

El régimen de los "señores de la guerra" (después de 1911) es para China una verdadera calamidad; esos barones provinciales, apoyados por la "gentry" del lugar se hacen la guerra, se disputan el control del gobierno central, trafican con armas y opio, saquean, confiscan, etc. El tema del libro, el tema principal al menos, es la tentativa de Yen para imponer cierto reformismo en la provin-

cia que él gobierna despóticamente, tentativa que, como la de Chiang Kai-shek y del Kuomintang, es un eslabón entre la restauración Tung Chih del siglo pasado y la revolución comunista.

El libro muestra la dificultad de conducir simultáneamente la narración (caps. 2, 3, 7, 8, 11, 12 y 13) y el estudio estático, pero llega muy a propósito para llenar un hueco ya que la literatura consagrada a los "señores de la guerra" es todavía escasa. Destacaremos dos puntos esenciales: el propósito de modernizar Shansi no es una meta en sí misma sino un instrumento para fortalecer el poderío militar de Yen, ya que economía y fuerza se encuentran estrechamente ligadas: esa obsesión permanente la encontramos (p. 69) cuando Yen justifica su programa educacional diciendo que "los tres deberes fundamentales del pueblo son servir en el ejército, pagar impuestos, y recibir instrucción". Así que el desarrollo es sólo medio y nunca fin. La otra limitación a todo desarrollo es el conservatismo político y social que impide toda solución del problema agrario, esterilizando por fin, en su fragmentación, todo esfuerzo de modernización. El fracaso final se explica por lo incompleto de sus resultados, dado que los campesinos no se benefician del régimen. Bajo los "señores de la guerra" la modernización afecta solamente a las ciudades que son sus cuarteles generales, sus plazas fuertes y sus arsenales. Cuando los comunistas atacaron a Yen en 1936 y en 1948, las ciudades de Shansi le permanecieron fieles, pero los campesinos en masa cambiaron de bando. Yen advirtió la necesidad de movilizar a las masas pero no emprendió reformas que únicamente le hubieran alienado sus apoyos tradicionales sin asegurarle el sostén de los campesinos. Además nunca tuvo otro aparato político sino su ejército y la burocracia existente, arcaicos e impopulares ambos.

En la lectura del libro se da cuenta de la fuerza del regionalismo: la Revolución de 1911 tiene muchos aspectos de movimiento provincial (p. 16) y la caída del imperio parece como declaración de independencia de las provincias. La época de los "señores de la guerra" es la época por excelencia del regionalismo, cada barón entregado a consolidar su poder dentro de su provincia. Quizá esa regionalización está ligada a otro fenómeno, o sea, la existencia de varios centros de decisión, lo que Chesneaux llama el carácter "policéntrico e itinerante" de la Revolución china.

Con este libro se puede uno también preguntar sobre la importancia relativa de diversos factores. Ya subrayamos la dificultad de narrar los acontecimientos y llevar el análisis al mismo tiempo; eso viene de la importancia dada a lo "fáctico" y el señalar cómo las luchas políticas locales influyeron en el curso de la Revolución china. La influencia de la "historia de hechos de ar-

mas" es manifiesta, ya que podemos notar la superioridad de los que tienen la fuerza militar: mandarines del siglo XIX, "señores de la guerra", Partido comunista (p. 124).

Un problema que nos hubiera interesado sería un estudio comparativo de épocas anteriores y posteriores, para señalar la permanencia aparente o real de estructuras políticas de las cuales no sabemos si son fundamentales en la sociedad política china o únicamente superestructuras que, a veces, cuando lo permiten las circunstancias, toman raíces parasitarias que les dan la resistencia casi indestructible de verdaderas estructuras. A eso alude el autor cuando escribe en la página 295 acerca de "la cuestión de en qué medida fue el militarismo chino la fuerza sustentante de los cambios ocurridos en los últimos sesenta años... el comunismo chino es en muchos aspectos un movimiento militar quizá nacido del *warlordism*". Bien puede ser que el regionalismo y el "warlord" sigan siendo hoy fenómenos políticos muy importantes, con la diferencia de que el "warlord" rojo no es su fin propio, que se satisfaga con el mantenimiento y el desarrollo de su fuerza, sino que sirve de instrumento de gobierno. Agente de modernización antes y después de la revolución, lo era antes para fortalecer su poderío militar, condición indispensable para sobrevivir, y ahora lo es en un cuadro nacional y para fines que lo trascienden. Claro, no siempre está esto tan netamente delimitado...

JEAN MEYER
El Colegio de México

A. LEO OPPENHEIM, *Letters from Ancient Mesopotamia: official, business and private*. The University of Chicago Press, Chicago y Londres, 1967. xn, 217 pp.

La presente antología nos ofrece excelentes ejemplos del género epistolar de la literatura cuneiforme, rico filón de las fuentes de la historia antigua. La versión inglesa despojada de tecnicismos y de comentarios eruditos es, a la vez, tan rigurosa como la destinada al especialista; cualidades éstas, que ponen esta obra al alcance del gran público y la hacen útil al historiador.

El autor ocupa un lugar preeminente en el campo de la asiriología contemporánea. Sin pretender ofrecer aquí un resumen de su brillante carrera en Viena, París, Nueva York y Chicago, bástenos con llamar la atención sobre el puesto que ocupa actualmente de "Editor in Charge" del *Chicago Assyrian Dictionary*